

por la fiebre, con los ojos fuera de las órbitas, pegado el pellejo al hueso como en la figura de un penitente asceta, moviéndose cual en una especie de sonambulismo, donde se confundían el sueño y la vigilia, el pensamiento y el delirio, ordenaba lo necesario á la construcción de ciudad tan importante como la Isabela, y disponía lo necesario para dar con aquella Cibao, tanta veces descrita por los indios y por él considerada como la Cipango áurea de las tradiciones asiáticas, creyendo todavía estar en el viejo mundo después de haber encontrado el nuevo. Era necesario desvanecer el desengaño sufrido por los exploradores y cosechar el oro aguardado de tantas promesas. Unas minas como las de Cibao presentaban ocasión á lo primero, y un capitán como Alonso de Ojeda tenía medios en su actividad y en su coraje de acaparar tal sitio y unirlo con los dominios de Castilla. Colón expidió á Cibao al capitán Ojeda. Ninguno de los expedicionarios personificaba como este guerrero heroico la edad aquella de combates y de conquistas con que concluía y terminaba la Edad Media. Su armadura parecía más de él que su cuerpo mismo. Su fuerza nunca se paraba ni detenía delante de ningún obstáculo. En los naufragios parecía, según su nadar, un pez; en los asaltos un pájaro, según su vuelo; en los combates, con mahullidos de tigre daba zarrazos de león. Las postreras campañas del poema de la reconquista le habían servido para esgrimir toda clase de armas y correr todo género de aventuras en una vida más propia de la poesía que de la historia. Pertenece de suyo á los que penetraban de pronto en los torneos ára-

bes, retando cien contra uno; y á los que trocaban un tronco en chuzo, machucando compañías enteras de fuertes enemigos, y á los que clavaban, tras una correría entre las huestes moras, el dulce nombre de María en los portones de Granada. Una vez que la Reina Católica miraba desde lo alto de la Giralda el abismo profundo allá abajo, él, muy erguido y muy gentil, corrió sin vacilaciones y sin temores por un palo tendido desde la torre sobre el vacío, con general asombro del público, que no podía comprender ni lo seguro de la cabeza, ni lo fuerte y lo animoso del corazón. Ancho de espaldas, nervudo de brazos, fuerte de fibras, aceradísimo de músculos, hercúleo de huesos, resistente al dolor hasta frisar con la paciencia de un mártir, y corajudo en el ataque hasta dejar tras sí á los más temerarios combatientes; aquel hombre sólo tenía un defecto: el ser bajo de estatura, no obstante su fortaleza de cuerpo. Mas en el combate crecía como enorme gigante, cual sus hechos semejabán soñada fábula. Este hombre fué á Cibao por mandato del Virrey, con grupo cortísimo, en correría temeraria. No tuvo que apelar entonces á la fuerza; se le rendían los indígenas de grado y le dejaban su camino libre. Por tales excursiones vemos que aun en la Española no había nacido el sentimiento de propiedad, y que la vida en común, presentada por todos los utopistas de la Historia, tenía un vigor tal allí, que todos los objetos entraban en el acervo colectivo, perteneciente á todos, sin que se distinguiese lo propio de lo ajeno en aquella primitiva confusa indistinción, semejante á rudimentario protoplasma, donde se



guardan familias y sociedades futuras como la flor y el fruto en los cerrados gérmenes.

Poco después de la Isabela encontraron unos campos edénicos los exploradores, llamándolos Vega Real, y poco después de la Vega Real encontraron el criadero de oro, llamándolo Cibao, como los indios, pero uno y otro encuentro imponían sumo trabajo; y el trabajo repugnaba con repugnancia invencible á los colonos idos á recoger metales preciosos, no á derramar sudores acerbos. El disgusto general se personificó en un hombre; y este hombre urdió una conspiración. Llamábase Bernal de Pisa el conspirador y había pasado de alguacil de la corte á contador de la flota. El exceso de fatiga y la falta de alimento le habían movido á conjurarse contra Colón; y la conjura le había llevado á expresar en amargos plañidos los agravios que creía llevar en el alma como heridas abiertas por las obras y por las palabras del descubridor. Así trazó el memorial correspondiente de quejas con ánimo de dirigirlo á la Reina, encerrándolo, para precaverlo de toda pesquisa, en una boya. Pero esa boya se descubrió; y fué á dar como cuerpo de delito en manos del Virrey, que se apercibió á ejercer sus facultades como administrador de justicia y á reprimir con violencia y reparar con castigos aquella rebelión, cuyo contagio debía contrastarse por medio de la mayor severidad. Así Pisa fué preso y atado. El artificio de las aceñas para los molinos había costado grande trabajo; y este trabajo traído gravísimas enfermedades; y estas enfermedades necesitado remedios regateadísimos por la sobrada previsión y parquedad del

Almirante á las que llamaban los malheridos miseria y codicia. Mas no aparecía tan grave la rebelión abierta de Pisa contra Colón, cual una resistencia hipócrita, desde los comienzos de aquella segunda exploración, al explorador opuesta por los eclesiásticos llevados á bordo para ejercer su divino ministerio en los cristianos y bautizar á los indios. Religioso Colón hasta el punto de pertenecer á la Orden Tercera de San Francisco, y rezar como si viese vida de monje, sus libros piadosos y de horas á diario, no había llevado ningún eclesiástico al primer viaje y llevaba muy pocos al segundo; si habemos consideración al fin que debían cumplir tan alto y al imperio que debían tener entonces las ideas religiosas y teológicas, así sobre las conciencias como sobre los ánimos. El delegado apostólico debió tan increíble designación á su capacidad intelectual y á sus aptitudes morales; pero su virtud enérgica y su temperamento robusto y su voluntad firmísima, calidades indudablemente de primer orden para un estadista civil, aparecían como despegos y desabrimientos en este ministro religioso. Estuvo largo tiempo de buenas con el descubridor. Bendijo sin duda el viaje aquel, en que las islas iban apareciendo como nereidas de la fábula en los sendos costados de las naves; y una especie de cielo dilatándose bajo el corte de las quillas. Confiado en la cosecha de gran suma de bienes, crecían sus esperanzas al contacto con aquellas fulguraciones de vida. Pero se le vinieron encima todas estas esperanzas y lo aplastaron; así que vió el reverso de la medalla, es decir, una fortaleza tan bien aparejada como el castillo de la Natividad



en ruinas, y una guarnición tan animosa, como la que allí quedó, muerta y sacrificada por los indígenas. Vino la primer discordia entre Colón y Buil de la benignidad empleada por el Almirante con las tribus á la Natividad cercanas y con su cacique, merecedores, en concepto del monje, de un grande castigo. Y sobrevenido el disenti- miento, se agravó el choque de las dos inteligencias y de las dos voluntades aquellas. Buil creía su poder eclesiás- tico, delegado del Pontífice, con facultades para inmis- cuirse á su arbitrio y á sus anchas en asuntos civiles, como Colón creía su poder político, delegado del Rey, con facultades para inmiscuirse á su arbitrio y á sus an- chas en asuntos eclesiásticos. Disintiendo á cada paso uno con otro; el sacerdote negaba sin escrúpulo al seglar los auxilios espirituales y el seglar negaba sin empacho al sacerdote los auxilios materiales. Reprodúcese aquí la eterna discordia entre la potestad espiritual y la potestad temporal.

Así como la epopeya fabulosa del antiguo mundo, la Iliada de Homero, comienza por un disenti- miento entre Agamemnon, monarca, y Chryses, sacerdote; la epopeya histórica del mundo moderno, la invención de América, comienza por un disenti- miento entre Buil, delegado de los Papas romanos, y Colón, delegado de los Monarcas españoles. Sin embargo, cuando, comenzada la Isabela, Colón expidió ciertas naves correos á la corte, mientras Pisa maquinaba perder al Virrey en la consideración de los Reyes, y denostaba su obra y le decía embustero á boca llena, por lo cual se atrajo un castigo del denostado

jefe y la consiguiente prisión, Buil, por todo extremo loaba los viajes y describía las islas descubiertas en per- fecta consonancia con el descubridor. Pero, dejando apar- te la diferencia por el asunto de Guacanagari suscitada, lo que más determinó la enemistad y discordia entre am- bos fué aquella provisión de bastimentos, tasada para todos por Colón y que Buil no juzgaba extensible á los eclesiásticos, quienes debían quedar exentos de las limita- ciones y del previo señalamiento impuestos por lo cala- mitoso de las adversas circunstancias. Buil y sus defen- sores quieren explicar los procederes aquellos con el Almirante, atribuyéndolos á la eficaz virtud y obra de una intercesión suya piadosísima en favor de los indios, la cual intervención poco se compadece con la ira genera- da por las bondades del Almirante al cacique Guacanagari. No, Buil se partió de América en aquel momento á la sugestión de una competencia con el Almirante y Virrey en materia de poderes y atribuciones. Herido por las fa- cultades superiores que se arrogaba Colón, fué poco á poco entrando con el espíritu y con el ánimo en cuantas resis- tencias á Colón oponían sus inferiores y en cuantas rebel- días se tramaban durante crisis tan aguda y mortal. No se confabuló con Pisa; pero se confabuló con Margarit. General éste, por sus legítimos títulos primero y además por sus calidades varias, del ejército de ocupación en Cibao, mandaba el fuerte por Colón erigido y la guarni- ción allí situada y toda la comarca circundante, mientras iba Ojeda de un lado á otro en maravillosas correrías, tanto para proveerle y asistirle á él como para explorar y



conocer aquel áureo territorio. Partido el capitán tierras adentro y el Almirante mares afuera, Margarit quedó á las órdenes de un superior consejo sito en la Isabela, donde componían los principales factores en el producto de la suma ó multiplicación de poderes el P. Buil y Diego Colón. Débil éste, dejaba que Buil hiciese cuanto el gusto le demandase; y airado ya Buil con Colón, en aquellos días ausente, mientras el Profeta exploraba Cuba é inventaba Jamaica, dejábale toda rienda suelta sobre el cuello á Margarit. Para la disciplina del inferior en milicia necesita un superior ser el primer disciplinado siquier sea completamente libre. Mal avenido Margarit con las tristes asperezas de un territorio minero, plúgole holgarse y esparcirse por la deliciosa Vega Real, entre cuyas florestas encontró una Capua que granjeara toda clase de placeres á sus desatinados sentidos y á su voluntariedad nativa toda clase de arbitrariedades. Opresos los indios por tales fatalidades, tomaron una resolución de suicidas: para concluir ellos y concluir con el general y su gente, dejaron de sembrar y carecieron, á virtud del abandono aquel, de todo sustento, acortándolo así también á sus enemigos. Al hambre morían las gentes cual moscas y reinaban las enfermedades varias cual si estuviesen aquellos siervos bajo el exclusivo imperio de la muerte. Margarit mismo se inficionó con vergonzosa infición, producida por los placeres anejos á sus holganzas. Algún recurso nuevo llegó de Andalucía en barcos que habían expedido los Reyes á Colón, así como Colón expidiera por su parte barcos á los Reyes. Pero, como en éstos fueran con Torres, el jefe de

la expedición, á la corte noticias de la Isabela; en los barcos de la corte fueron á la Isabela, como jefe de aquella nueva expedición, Bartolomé Colón y las consiguientes noticias de los Reyes. A la verdad no era Bartolomé del temperamento tímido de su hermano Diego, ni aun del temperamento bondadoso de su hermano Cristóbal, era de un temperamento resuelto y fuerte; tan curtido de alma como de cuerpo, y tan acostumbrado á combatir con el oleaje de las pasiones como con el oleaje de las tormentas.

Llegado allí, como Cristóbal estuviese, vuelto de su viaje, postrado, y sin conocimiento ni sentido, tomó las riendas que Diego no había querido tomar, y se puso á regir la colonia con el derecho de que le revestían tanto su firme voluntad como su glorioso nombre. Cristóbal había cautivado en la Española con alardes á los indios dóciles y con batallas á los indios altaneros. Había enviado, para someter á los unos y retenerlos en la sumisión, los añafles y los atambores con las banderas vistosas y con las cabalgaduras cubiertas de acero, que tanto lustre daban á los jinetes y tantos visos de dioses. Cuando esto no le bastaba, empleó la fuerza. Con una correría de los caballeros y una descarga de los mosquetes y una fuerte ayuda de su aliado Guacanagari rompió en pedazos los rebeldes y sometió á España la Isabela, que crecía con celeridad; la vega, que semejaba un Paraíso; la sierra de Cibao, tan rica en vetas de oro y tan llena de gozosas esperanzas. Las pesimistas ideas de Buil y las malas pasiones de Margarit, general y apóstol primeros en las tierras



invenidas, perturbaron así la invención como las sucesivas apropiaciones de lo descubierto. Uno y otro zarparon á hurtadillas de la Española y se partieron á España, con rompimiento del estrecho lazo de deberes que les ceñían al descubridor y con voluntad resuelta de perseguirlo y perderlo en la Corte. Uno y otro merecen el anatema de la historia universal y de la humana conciencia. Cuanto han intentado sus inhábiles defensores para excusarles, no ha servido sino para hundirlos en justa y unánime reprobación. Que fuera fraile, ya mínimo, ya máximo, el P. Buil; que llevara bula más ó menos auténtica y más ó menos lata del Pontífice Alejandro VI; que pudiera volverse ó no, según su grado y albedrío; que no sufriese la sujeción, en su carácter de catalán, al genovés; no atenúa la enorme falta cometida, hurtando el cuerpo á sus penosos deberes en estado de peste y guerra, para irse airadísimo en pos de innobles desquites y cortesanas intrigas, cuando le invitaban á quedarse allí la gloria de construir y consagrar el primer templo del Mundo Nuevo al Dios de los cristianos; el sacro deber de un ministerio destinado á respirar el último suspiro de los moribundos y á enterrar el triste despojo de los muertos; la esperanza de verter el agua de los bautizos cristianos sobre las frentes y las ideas católicas sobre las almas de los indios adoc-trinados y redimidos; la consideración de que aquellas selvas podrían trocarse á una en iglesias vivas del Eterno, y aquellos inocentes indios en bienaventurados del em-píreo, si, desciñéndose, como debía, él de todo cargo civil y de todo empeño político ante aquellas islas, necesitadas

de su religión y de su virtud, empleaba para doctrinarlas en el dogma y ungirlas con el óleo santo los esfuerzos de un verdadero apostolado y corría sin arrogancia y sin temeridad los riesgos de un redentor martirio.

Coincidiendo con muchos de los sucesos antes histo-riados, adelantándose á ellos ó retrocediendo un poco, empezó el explorador exploraciones nuevas, con ánimo de cumplir el ministerio recibido de los Reyes y extender los descubrimientos y tomar de éstos plena posesión. En las múltiples calidades, componentes de suma tal, como su genio profético y su espíritu luminoso, había el piloto ejercitado la observación en términos de que atendía con cuidado á muchos objetos de estudio y los notaba con esmero. Contaba y no acaba, por ejemplo, en la Española, de aquellos indios desnudos, cuyos cuerpos, en su desnudez, parecían, por lo durísimos, pétreas esculturas, y por lo pintarrajeados, esculturas policromas; de los cenus grandes ó ídolos movidos á formular oráculos por medio de cerbatanas, que iban á los labios, ó del sacerdote, ó del creyente mismo, y de los cenus pequeños, que pendían como amuletos y medallas, ensartados en guitas, de las sienes; del ocio impuesto por aquella naturaleza exuberante, donde se bebía y se respiraba la vida y su alimento, como el agua y como el aire, sin esfuerzo y sin fatiga; del baile semejante á un ejercicio litúrgico y del tabaco apurado hasta la embriaguez y el envenenamiento; de las bebidas fermentadas hechas con maíz mascado; de las brujerías y sortilegios empleados en las enfermedades, atendidas y curadas en juntas de brujos ó hechiceros; del